



LA MORCILLA



Había una vez un matrimonio de abuelos que se querían mucho, pero que no dejaban nunca, nunca de pelearse. No lo podían evitar. Al despertarse por la mañana ya comenzaba la pelea.

—¡Esta noche no he podido dormir nada, has roncado toda la noche! —decía la mujer, a lo que contestaba el marido:

—¡Ya empezamos! Lo primero que dices y es para criticarme. ¡Buen día nos espera! Y así seguían hasta la noche.

Como el marido se pasaba los días en casa, no paraba de meterse en todo lo que hacía su mujer.

—¿Te recojo la ropa, querida? Parece que va a llover. ¿Hoy qué hacemos de comer, merluza o pollo? ¿Has llamado ya a la niña?... etc.

Lo decía todo con buena intención, pero la mujer estaba cansada de sentirse controlada todo el día. Casi siempre ocurría lo mismo: bien continuaban la discusión del día anterior, bien empezaban una nueva. Algunas veces incluso estaban más de un día sin hablarse.

Un día pasó un hada por su casa y al oír la pelea, le dio tanta pena que pensó hacer algo para ver si dejaban los abuelitos de pelearse.

—Soy el hada buena y os quiero ayudar — les dijo.

Ellos quedaron un poco sorprendidos pero dejaron de discutir un instante y la escucharon.

—Os voy a hacer un regalo. Las tres primeras cosas que **deseéis** se harán realidad —Y sin decir nada más se fue.

Los dos abuelos se miraron y no sabían qué pensar pero no dijeron nada porque intuían que comenzaría una nueva discusión. La mujer se fue a la cocina y el marido se quedó en el salón.

Pasaron dos horas y llegó la hora de la comida. De pronto entró por la ventana del salón un olor delicioso a morcilla*, pues la vecina de al lado estaba preparando unas morcillas para comer.

Al percibir el olor, dijo el marido:

—¡Cómo me comería una morcilla ahora!

Y en aquel mismo momento apareció una apetitosisima morcilla encima de la mesa.

—¡Qué bien! ¡Debe de estar buenísima! —dijo contento el marido.

En eso entró la mujer en el salón y viendo la morcilla en la mesa preguntó extrañada:

—¿Qué hace ahí esa morcilla? —Y el marido le respondió:

—Es la primera cosa que he deseado y, ya ves, el hada buena nos la ha concedido.

—¡Has gastado tontamente nuestro primer deseo! ¡Mira que pedir una morcilla! ¡Podías haber pedido dinero o alguna cosa de más valor y comprar mil morcillas! ¡Qué desperdicio! ¡Impensable!

—Y exasperada dijo:

—¡Ojalá se te **pegue** la morcilla a la nariz!

Apenas lo había dicho, cuando la morcilla apareció pegada a la nariz del marido.



El pobre marido no sabía qué hacer. Se miró al espejo y se dio un susto grandísimo. Él, que de por sí ya tenía una buena nariz, con la morcilla pegada, se le veía horrible. Intentó quitársela, pero sus intentos fueron en vano. La morcilla no se despegaba, cuanto más tiraba de ella, más roja se le ponía la nariz.

—¡Qué voy a hacer ahora! ¡No podré salir a la calle con este narizón! —decía casi llorando.

—¡No te preocupes! —le dijo la mujer—. Te haré una bolsita para que no se **vea**, ¡y todo solucionado!

Pero por más que probó, ninguna bolsita satisfizo al marido. No podía respirar bien y además le quedaba fatal.

—¡Yo no puedo continuar así! ¡Es imposible! —dijo el marido—. ¡Que se me **despegue** la morcilla de la nariz!

Y al instante se cumplió el deseo.

La mujer se enfadó muchísimo pues habían agotado todos sus deseos y sólo les quedaba “de regalo” una morcilla encima de la mesa. El marido le echó la culpa a su mujer por haber dicho que se le pegara la morcilla a la nariz, obligándolo a gastar el último deseo.

En fin, como podéis imaginar, ahora sí que habían encontrado un buen motivo para discutir muchos días más.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

* morcilla: ソーセージ (豚の血にたまねぎ・米・香辛料などを入れたソーセージ)